

"Dios, cansado de caminar, entre el sol y la arena, desierto y silencio, se recostó a descansar. Su capa quedó olvidada allí. Desde entonces la arena se hizo cómoda de suave verde para los ojos y fue milagro tembloroso de ternura la pequeña oración que, en finas cuentas de agua, deja a las manos del viento seco y rebelde del Norte, el buen hermano pequeño Río Los."

I

Ya eran duenos del aire. Allí estaba el cielo abierto, sin que nadie lo cortara, como sucedía, día tras día, al mirarlo desde la celda. Las rejas, con su burlona simetría, tenían las forma de guillotinas. Pero, ahora sonrieron al mirarse de frente, a plena libertad de sol.

Los ojos se abrieron golosos el paisaje, a sorbos rápidos. Y se hallaron diferentes al escrutarse las caras. Allí eran oscuras, sombrías. Ahora un brillo nuevo espejeaba en cada gesto, en cada surco. Y los dos hombres se palparon la piel, y volvieron a reírse al sentir los fuertes latigazos del sol.

Sonó la voz de uno de ellos:

-- Como nos estarán buscando en la "cana". ¿verdad?

-- ¡Chí! que importa si nos pillan, por lo menos hemos mirado, otra vez, el sol de aquí afuera. Eso sí que hay que rumbear lejos, si no la veremos más negra que nunca.

El sol estaba alto. Los dos hombres se alejaron del camino, que se abría en caprichosos abanicos, en todas direcciones. Entre lomajes y cerros, surgía la tierra parduzca, vestida de manchones verdes. El Lon parecía respirar, bajo la tierra. Improvisaba atillos verdes, legítimos cercos de húmeda frescura,



que detenían las rabiosas embestidas del desierto, que solo a unos cuantos pasos de allí, parecía esperar con sus ijares en ristre, para destruirlo todo.

Y se sentían las aguas del Loa. Y hasta los oídos de los dos hombres parecían distendirse. Estaban a solo pocas horas del cautiverio. Era siniestra la pesadilla. Los había hermanado el mismo delito: robo y asalto. Como era natural, formaron en la cárcel la clásica "carreta" y seguían metidos en el tubo oscuro de la celda, donde, al final, había solamente una palabra escrita en todas formas: ¡huir! ¡huir!... Y esa palabra había tomaba mil arabescos distintos. En el día era, de repente, una risa que les hacía brillar la cara. Se miraban, y sin hablar, uno o el otro sabía en que pensaban. En la noche eran símbolos: Una escalera muy alta y ellos subiendo. O muchos soles juntos O pájaros. Miriadas de pájaros cruzando el cielo.

Y ahora todo era verdad. La escalera. Ese sol y los pájaros que volaban tan libres como ellos. Pero había que huir. Seguir huyendo. Seguir. No les interesaba el cansancio. En otra oportunidad sí. Pero tanto tiempo que no caminaban de esa forma. Eran trancos lentos, reposados. Como sorbiendo con los viejos calamorros la tierra libre. O, de repente, era un compás rápido, apresurado, de fuga. Era que tenían miedo. Sabían que los buscaban. Que venían ya tras de ellos. Y sus temores se repetían en sus pasos. Así caminaron mucho. Mucho. Oscureció. De pronto aparecieron algunas luces. Una risa de satisfacción les tomó la cara. Y apuraron el paso.

-- Es Caspana. ¿No vis las casas?

-- Es buena gente; pero no les digamos ná, mejor.

Se acercaron envueltos en una pausa de leve temor. Al llegar a la plaza del pueblo contemplaron un raro espectáculo: de pie estaba un anciano. Hombre robusto, de faz cetrina y de ojillos hundidos. Lo rodeaban hombres y mujeres. Cada rostro era un punto fijo de silencio. Pero del grupo surgía una especie de canto, de oración, que se alzaban en coro, para caer, luego, en una sola voz, que, al parecer, provenía de los labios del anciano, el que no movía, como todos los presente, ningún músculo de su cara.

En tanto, las acciones de los fugitivos parecían acordonarse en un solo nudo. Idéntica fué la actitud: esperar, en prudente silencio, hasta que la oración terminara. Y así lo hicieron.

Al finalizar la oración, el grupo empezó a disgregarse. El anciano se quedó inmóvil, mirando a los desconocidos que se acercaban.

-- Venimos muy cansados de tanto andar y tenemos hambre. ¿nos podrían ayudar, por esta noche, que mañana seguimos viaje?

El anciano los miró un instante, y les respondió:

-- Aquí solo encontrarán corazones que saben hacer el bien. Descansen y les daremos provisiones para el viaje, que me parece... que debe ser muy lejos.

Los fugitivos suspiraron con tranquilidad. Mas que nada porque no les preguntaron quienes eran y que es lo que hacían en el pueblo.

Aquella noche reposaron en suaves pellones de ovejas y comieron y bebieron hasta el hartazgo. Lejos quedaba Calama; su cárcel, la celda y los meses de penurias que debieron soportar antes de la fuga.



El sueño los volvió a hermanar en su misterio. Arriba el cielo estaba trasparente, cristalino. Las estrellas eran las fuegas del silencio, de la inmensidad. No cabían las palabras. Hasta las mismas sombras parecían diluirse en el telón feérico que abría la tierra, para hacer danzar el sueño de los hombres.

Y, también aquellos dos hombres, se sumaron, en el apacible Caspana, al sueño del pueblo; al sueño de las casas; de las puertas y de las ventanas cerradas; de los párpados, caídos lentamente desde sus tibios goznes, para dormir. Para ensayar, una pausa breve, la muerte.

II

La mañana llegó, para los ojos de los fugitivos, de la mano de la campana de la iglesia. Ahora su cantar tenía otro acento: era una música suave que parecía meterlos más adentro aún de la caparazón a donde el sueño los había adherido, con sus hilos más firmes.

Se miraron un instante, como tratando de coordinar las ideas:

-- Ahora veremos que nos reserva la suerte.

-- Ojalá que sigamos con la misma.

El breve diálogo fué interrumpido por la llegada del anciano.

-- Ya, hijos, pueden pasar a la otra pieza. Allí tienen leche caliente, pan y un saco con algunos víveres para el viaje.

Al hablar, sus ojos pequeños y vivaces, metidos como dos trozos de agua en el rostro amarillento, como la arena de esa pampa que ellos tanto conocían, se clavaron penetrantes en sus huéspedes como una interrogación más expresiva que muchas preguntas.

-- Gracias, señor, muchas gracias. Ya nos iremos. Mi compañero y yo le estamos re-agradecidos.

A los pocos minutos estuvieron vestidos, y con ansias recónditas de huir. De alejarse lo antes posible. En esa fraternidad latían los mismos pensamientos, y las mismas preguntas: ¿como nos buscarán? Y si nos encuentran?... Temblaban las mudas interrogaciones como esas gotitas pequeñas del agua del río, que se prenden al pajonal y a las hierbas de la orilla, y quedan sin caer.

POSESION.

El paisaje se ahuecía en verdes desleídos. En amarillos tristes. Caminaban lentamente. En cada rostro el silencio metía su huella pequeña, y allí se quedaba, también, como descansando.

Caminaron por espacio de una hora. De improviso, uno de ellos silabó una frase, a tiempo que se detenía:

-- Oye, ¡mira! ¡mira!

Entre las ovejas y las cabras que pacían, jugaban dos muchachas. Ajenas a las miradas intrusas, correteaban de uno a otro lado, sin preocuparse de nada, con la fuerza juvenil de saberse dueñas, momentáneamente, de tanta libertad.

Los hombres se quedaron quietos. Parecían bestias en acecho, con sus bellos anhelantes. No respiraban, sino se tragaban el aire a grandes bocanadas.

Los largos meses de encierro y el instinto, que estaba tan prisionero como ellos, dió forma, rápidamente, a una extraña fuerza que se les metía en la sangre.

Ahora, esa fuerza había iniciado un violento y repentino galope por los caminos de las venas. Bullía. Crepitaba.

Se agazaparon. Las muchachas, con sus piernas desnudas, se habían sentado a conversar en el pasto. Eran dueñas del paisaje y, sin



La tradición es el documento vivo que tienen los pueblos. La sangre que vivifica con su savia esa secreta raíz, que sabe darle colorido, fuerza a cada región, y que ayuda, más que ninguna otra cosa, a su humana identidad.

Caspana, en el tranquilo valle de El Loa, brindó unas páginas en donde la ternura y la muerte, en donde la pujanza primitiva de la tierra, traducida en la conducta de los hombres, estuvo presente en sus formas más puras.

En este relato sólo impera esa evocación. He huido de muchos detalles y he agregado otros, ya que solamente se trata de un viaje de sencilla creación poética. Pero he mantenido, con exactitud, la fuerza originaria del drama de Caspana, el que, por mucho tiempo, apasionó no sólo al Norte, sino a toda la prensa chilena.

Los que conocen de cerca los detalles del lejano episodio, se harán cuenta de las licencias en que he incurrido. Y los que no saben acerca de este drama, tengan por cierto que esta historia es verídica y que su escenario fué Caspana, un pequeño pueblecito engarzado como una cuenta verde en Calama, ese pequeño rosario de frescor que tiene Antofagasta, para hacer menos penosas las horas de soledad y de misterio que vive su pampa.

EL AUTOR.